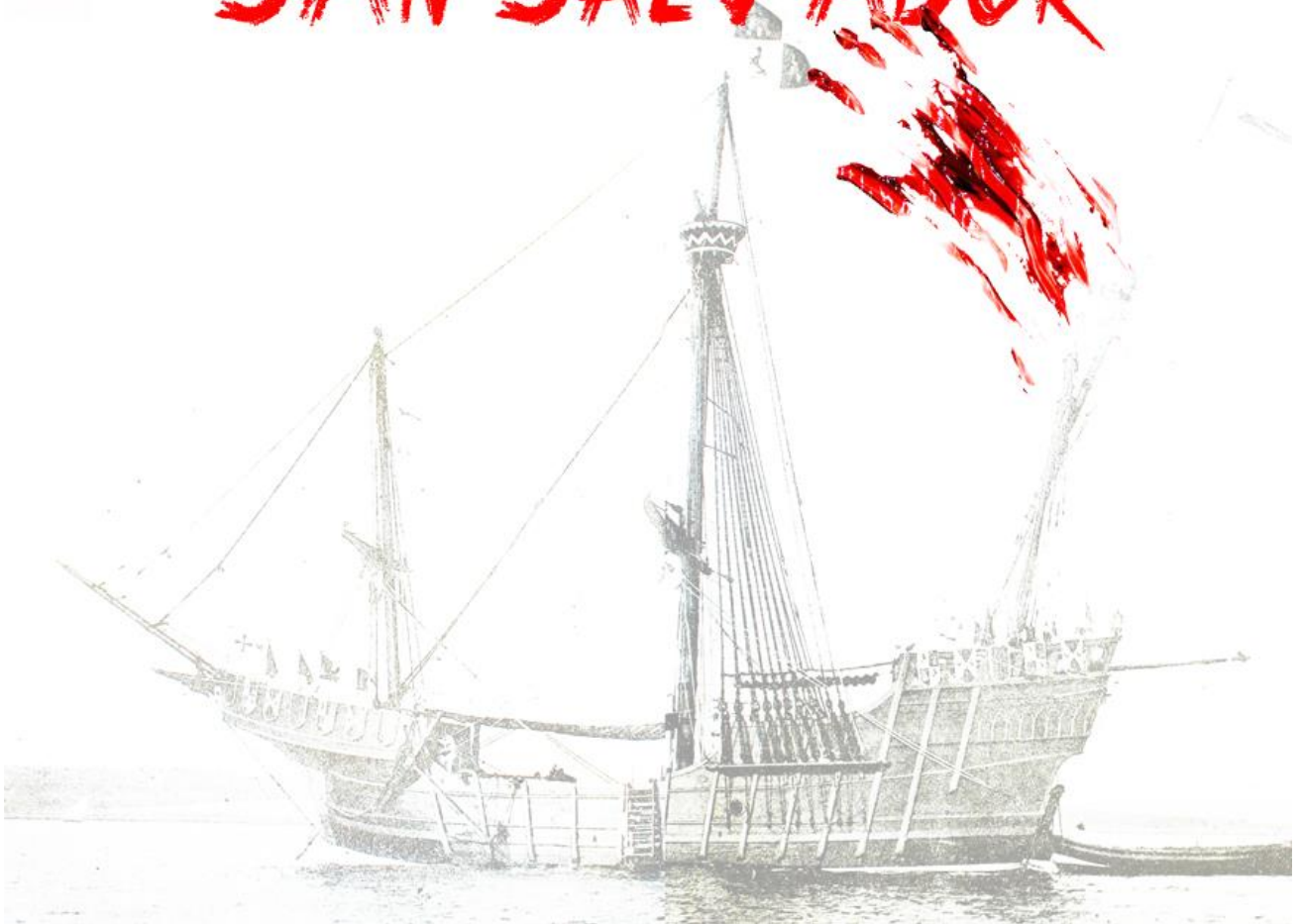


David Rodríguez Cordón

SAN SALVADOR



—¡Almirante! ¡Han vuelto a aparecer dos hombres degollados y mutilados!

—Nunca hubiera imaginado antes de partir que llegaríamos a una tierra en la que gobierna el mismísimo Lucifer.

—Los infieles se han vuelto locos y han comenzado a empuñar sus lanzas contra nosotros. No se fían. Y yo tampoco de ellos. Por eso he ordenado ejecutar a dos de los aborígenes al mando por creerlos sospechosos.

—Deteneos, por piedad. Esperemos a estar seguros antes de continuar... —el eco de un grito procedente de una de las carabelas alertó al grupo—.

—¡Aaaaaahhhhh!

—¡Proviene de la Capitana! ¡Aprisa!

Diario de a bordo

Martes 16 de octubre de 1492.

Aquella debió haber sido una noche hermosa: había una inmensa luna, como la de Castilla, y corría una leve brisa de alivio entre tanto sofoco. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Fueron unas horas teñidas de sangre, terror y lágrimas. Tras el desembarco y el encuentro con los habitantes de Zipango, una bestia surgida del averno comenzó a asesinar de manera despiadada a la tripulación. Martín quería aniquilar por completo al poblado indio tras acusarles de los crímenes cometidos. Pero mi deber, y el que me había encomendado Dios y la Corona, era el de encontrar al verdadero culpable e impartir justicia (...).

Colón y sus muchachos subieron al bote que estaba varado en la playa y pusieron rumbo a la Santa María. Desde ella, alguien les hacía señales con un candil. Con la mirada perdida en el ondeante estandarte de sus majestades los Reyes Católicos -situado en el caperol de la minúscula embarcación- el genovés podía sentir el temblor y el castañar de los dientes de los hombres que le acompañaban. Y no precisamente por que hiciera frío.

Una vez en la nave madre: —Señor, acabamos de encontrar a Diego, o más bien lo que queda de él. Sus restos están esparcidos por la toldilla.

—Qué desgracia, Rodrigo —suspiró apenado—. Seguramente ese monstruo continúe aquí.

Un escalofrío sin parangón se apoderó del cuerpo de los marineros. Muchos de ellos huyeron a tirarse por la borda. Pobres idiotas. Quizás en tierra firme sus almas tampoco estuvieran a salvo.

—Déjelos. Están en su deber de salvar el pellejo. Pero a vosotros, Pinzones y compañía, sí que os necesito. Debemos acabar con eso, sea lo que sea, antes de que acabe con todos nosotros.

Quedaban diez valientes. Diez de noventa. El resto o había escapado, o había sido pasto de la crueldad de aquél o aquello que buscaban. Con los aceros en alto y la pólvora cargada en el único arcabuz de la expedición, el grupo se hizo fuerte. Tras inspeccionar con ojos de halcón desde proa a popa, decidieron ir a examinar la cámara del capitán.

—Francisco y Pedro, os quedaréis aquí fuera a vigilar. Cualquier leve crujir, gritad. Saldremos enseguida.

Unos instantes después...

—¡Nooooooo!

Todos salieron corriendo y mencionando al Todopoderoso. ¿Más muertes que sumar a la larga lista? ¿Más sangre para aumentar la ya derramada? El Almirante se temía lo peor...

—Jajajaja... No creáis todo lo que oís. Jajajaja.

Estupefacto, ante tanta frialdad por la inoportuna burla, Martín le soltó una bofetada al borrachuzo de Pedro que le hizo caer de bruces en la húmeda madera.

—Lo siento señor —dijo escupiendo un diente—, ¿pero acaso no vienen bien unas risas ante tanto pesar?

—¡No, insensato! ¡Están cercenando a tus compañeros! ¡No es el momento ni el lugar! Y por si no te has dado cuenta esa bestia podría seguir a bordo —palidecido, Pedro tragó saliva y cambió su rictus—.

—Lo siento, señor. Os doy mi palabra de que no volverá a ocurrir.

Francisco miró al reprendido y soltó otra carcajada. Algo que provocó la ira de Colón y los demás, quienes acabaron dejándoles por imposibles para continuar con la investigación en las entrañas de la Santa María. Tanto un grumete como otro eran de beber mucho vino y casi seguro que el alcohol les había mermado el poco sentido común del que gozaban.

—Mis aposentos están tal y como los dejé antes del desembarco. No hay rastro que indique que haya pasado nada ni nadie. Vamos a... —de nuevo, otro alarido proveniente de la cubierta volvió a interrumpir sus palabras—.

—¡Socorroooooo!

—Déjalo, Cristóbal. La embriaguez les delata. Mal rayo les parta —sentenció el Pinzón de más edad—.

—¿Y si ahora es verdad? ¿Acaso no os intranquiliza? —preguntó Rodrigo.

—Tienes razón —asintió el anfitrión de aquel habitáculo.

Cuando se asomaron al umbral de entrada la luna llena iluminó sus rostros dejando al descubierto el pánico generalizado. No había discurso ni pluma que describiera aquello. Todo sucedió muy rápido. Vicente estrujó un riñón con su bota.

Gonzalo resbaló con un hígado. Y las tripas de aquellos pobres locos colgaban de mástiles y vergas. Es más, quedaron de piedra al divisar a lo lejos las que parecían... estaban hincadas en... atravesadas.

Diario de a bordo

(...) La noche anterior a los terribles acontecimientos, los nativos nos explicaron mediante dibujos en la arena lo que parecía el largo viaje que alguien de la tribu había emprendido hacia tierras lejanas del norte, años atrás. Según nos contaron, tanto ese viaje como su protagonista trajeron al regresar el mal a sus hogares. Ahora soy consciente del peligro que intentaban transmitimos. De lo que parecía ser un hombre con la fuerza de un lobo que les acechaba implacable cada plenilunio. Sin embargo, el efecto devastador de lo que nos dieron a inhalar provocó que cayera dormido y no pudiera prestar la suficiente atención que se merecía el asunto. Era en aquel misterioso viaje donde estaba el origen de todo. Aun así, el que yo no estuviera atento a tal explicación impidió que tomara las medidas oportunas para proteger a mi tripulación. Por lo tanto, también soy responsable en parte y así se lo haré saber a mi reina (...).

Las cabezas de ambos infelices lucían clavadas en el bauprés. Al acercarse pudieron contemplar la mirada de horror que se les había quedado a los muertos en sus últimos instantes con vida. Era una pesadilla de la que no podían despertar. Se persignaron tantas veces como pudieron. La sangre goteaba incesante a la mar desde sus cuellos defenestrados. Algunos de los valerosos muchachos del cada vez más reducido grupo vomitaron sin vacilar ante la dantesca escena.

iPum! —un ruido les hizo mirar a todos bajo sus pies—.

—iViene de ahí dentro! ¡Está en la bodega!

—Iré yo delante, Cristóbal. Si muere alguien, tendré el honor de ser el primero. Tú tienes un importante descubrimiento que anunciar a las Españas.

—Gracias, Martín. Pero tú estarás allí conmigo.

Tras abrir la compuerta, el candil alumbró tímidamente las escaleras que bajaban al dispensario. Entre barriles de agua, vino y vinagre, los pertrechos y la carne que colgaba de las vigas, apenas se podía vislumbrar otra cosa. Casi a la misma vez todos se limpiaban un sudor irremediable, señal del nerviosismo imperante. Hay incluso quien se orinó encima. Si no morían por la bestia, yacerían de pavor.

—Perdonadme y que Dios se apiade de mi cobardía. No aguanto esto ni un momento más —y Gonzalo corrió despavorido hacia el exterior.

—Que se marche. No le culpo.

iCriiiiiiiinch! ¡Criiiiiiiinch! ¡Criiiiiiiinch!

El sonido de unas afiladas garras arañando lenta y pausadamente la pared provocó un tremendo sobresalto haciendo que el sevillano disparase el arma de fuego. Fue entonces cuando de entre una maraña de utensilios de cocina una sombra gigantesca se alzó sobre ellos ocultándose en la nube de pólvora. Sus brillantes ojos amarillentos se abrían paso poco a poco. Los marineros se abalanzaron con sus espadas sin causarle daño alguno. La bestia, a su vez, los iba destripando a zarpazos uno por uno a la par que los lanzaba como a hormigas. Solo quedaban en pie Martín y Cristóbal. Cuando aquél ser se acercó hasta la tenue luz que proporcionaba el farol, los capitanes comprobaron lo abominable de la criatura que tenían ante sí. Medía más de seis pies de altura. Tocaba el techo con su lomo. Se sostenía sobre dos piernas y sus enormes brazos terminaban en unas manos robustas y monstruosas con uñas como cuchillos. Lleno de pelo por todas partes, sus orejas eran largas y puntiagudas. El hocico desprendía babas cual perro rabioso y mostraba orgulloso sus colmillos sedientos de carne. Martín, que protegía con su cuerpo al de su homólogo, tomó aire y con coraje se arrojó gritando hacia el mismísimo Diablo. Éste, antes de recibir ataque alguno, lo atrapó con un solo brazo por el pescuezo suspendiéndolo en el aire con una fuerza sobrehumana. El bizarro de Palos, sabedor de que le quedaba muy poco en esta vida, miró fijamente a los ojos de aquella cosa con las pupilas dilatadas y porfiándole insultos: —¡Fi de puta! ¡Cabrón! ¡Acabaréis pereciendo!—. Las garras le apretaban con mayor intensidad. La asfixia era patente. El gruñir del lobo se hacía más y más intenso, pudiéndose escuchar a millas de distancia.

Mientras, con la cabeza gacha, el insigne explorador rezaba al Señor. Tenía que actuar ya o estaría perdido: —Santísima Virgen, Madre de Dios, yo aunque indigno pecador postrado a vuestros pies en presencia de Dios omnipotente os ofrezco este mi corazón con todos sus afectos. A vos lo consagro y quiero que sea siempre vuestro y de vuestro hijo Jesús. Aceptad esta humilde oferta vos que siempre habéis sido la auxiliadora del pueblo cristiano. Dadme fuerza y ayudadme en esta empresa, Amén —Levantó su tizona con la punta forjada en plata al cielo y se lanzó a las fauces del lobo.

—Altísimo, ayúdame.

Su espada atravesó el pecho del animal, que cayó desplomado tras soltar a Martín. Lo que era un engendro de Satanás se transformó de manera mágica en el cadáver de un apacible habitante del lugar. Desnudo, de pequeña estatura y dócil. ¡Era un hombre! La bestia desapareció. Dejó de poseerlo. El energúmeno se había esfumado para dar paso a un inocente salvaje. Colón no terminaba de creer lo sucedido. Rodeado de cadáveres, dio gracias a su Salvador. Y como ofrenda ese sería precisamente el nombre con el que bautizaría a aquella misteriosa tierra que acababa de descubrir días atrás.

Amanecía.

Subiendo las escaleras para contemplar el sol y pedir por los difuntos, escuchó algo que le hizo girarse alarmado. No podía seguir vivo. Lo había visto morir...

—Aaaghhh... Cristob... Cristóbal... —Martín había sobrevivido.

—¡Amigo mío! ¡Estás vivo! —Y fue veloz a cogerle de la mano—. No hables. No tienes fuerza. Te recuperarás una vez que curemos esas heridas.

—Solo... aaagghhh... solo me ha magullado. Lo hemos conseguido —celebró con una sonrisa—.

—Sí, lo conseguimos. Ya no hay nada que temer. Tranquilo, que volverás a ser el mismo.

Diario de a bordo

(...) Son gente de amor y sin codicia y convenientes para toda cosa. Ellos aman a su prójimo como a sí mismos, y tienen un habla dulce y mansa. Aunque he podido darme cuenta de que son aún más supersticiosos que quienes habitamos en Occidente. Según nos han explicado por medio de gestos, esa maldición es una especie de enfermedad que se transmite por la sangre. Por lo tanto, están convencidos de que quien es atacado por un hombre lobo, se acaba convirtiendo en uno de ellos.

¿Fin?